GÁLATAS 5:17

LA LUCHA ENTRE LA CARNE Y EL ESPÍRITU

LA BATALLA INTERIOR DE LA HUMANIDAD

Relación Carne – Espíritu en *Adversus Haereses* de San Ireneo.

Nemo Castelli, S.J.

Introducción.

Al intentar un tratado sistemático sobre el Dios Trino, el teólogo Karl Rahner sostie e ue los cristianos, a pesar de que hacen profesión de fe ortodoxa en la Trinidad, en la realización religiosa de su e iste ia so asi e lusiva e te o oteístas [1] estrictos. Esto quiere decir, que no terminan de reconocer en Jesucristo, el Hijo de Dios, el Tú eterno del Padre, con quien vive en una relación de comunión en el Espíritu Santo de amor. ¿Tiene alguna importancia concreta esta distinción? ¿Trae consecuencias para la vida cristiana cotidiana? Rahner sostiene que la salvación cristiana se juega en la vivencia concreta en el Dios Trino, pues los hombres, mediante el Espíritu Santo son acogidos en la comunión real de amor del Padre y del Hijo. Sólo así, el Nuevo Testamento puede resumir la autorrevelación escatológica y definitiva de Dios en la frase: Dios es amor (1 Jn 4, 8.16)[2]. Y esto es de vital importancia, pues si el ser humano fuera el tú de Dios, el mundo y sus criaturas serían una necesidad de alteridad de un Dios que es extraversión de amor. Y así, al ser el hombre y el mundo el interlocutor de Dios, uniéndose en una relación necesaria, anularía la trascendencia de Dios y su libertad en el amor para crear y para relacionarse con el ser humano. Luego, la confesión trinitaria hace plausible para el pensamiento creyente la imagen de Dios como persona absoluta y libertad perfecta en el amor[3]. Y la creación, cuyo origen se encuentra en un Dios que es relación de amor misericordioso aparece como realidad gratuita y libre, y no en función de Dios, pues Dios es Trino. Asimismo, la revelación de Dios como Dios amor Trino es la condición de posibilidad de un Dios libre, gratuito y amoroso que entra en diálogo respetuoso con el ser humano, y en cuyo encuentro es transformador en el amor. Es decir, es también la condición de posibilidad de la vida espiritual concreta del cristiano que se vincula con Dios en el Espíritu.

¿Cómo se da esta relación con el Espíritu? ¿Qué significa relacionarse con Dios en el Espíritu Santo? Para un primer abordaje de esta pregunta, a continuación se presenta un breve y primario estudio sobre la relación entre Carne y Espíritu , comprendida a través del texto *Adversus Haereses* de San Ireneo de Lyon (135/40 - +200/2), particularmente en sus Libros III, IV y V. ¿Qué sentido puede tener buscar en el pensamiento de un obispo cristiano del siglo II? ¿No es esto un mero ejercicio de arqueología antes de estudiar lo que los teólogos contemporáneos piensan sobre este asunto?

San Ireneo – y los Padres de la Iglesia entre los que es considerado – hicieron un esfuerzo por expresar la doctrina cristiana en un nuevo contexto cultural helénico. Acogieron la Sagrada Escritura como palabra revelada e intentaron traducirla en vida concreta. Asimismo, desarrollaron una estructuración especulativa inicial de la fe, pues entendieron la Revelación como una respuesta a las preguntas más hondas del ser humano: ¿qué es el hombre?, ¿cómo es la creación?, ¿de dónde venimos, hacia dónde

---

[1] Cf . ‘ah e , Ka l. El Dios T i o o o p i ipio fu da e to t as e de te de la Histo ia de la “alva ió , en Varios autores, *Mysterium Salutis,* Tomo II, Ediciones Cristiandad, Madrid: 1969. p. 361ss.

[2] Cfr. Kasper, Walter. *El Dios de Jesucristo.* Ediciones Sígueme, Salamanca: 1986. p. 278ss. [3]
Cfr. Kasper. Op. Cit. p. 340.

vamos? Por eso, Ireneo y los Padre no se presentan como una nueva religión – la que en su época era un asunto de Estado – sino como una filosofía universal que quería dar respuesta a todo. Por consiguiente, la escucha de los Padres no es la escucha de lo antiguo en tanto arcaico sino como lo original fundante. Así, como fuente y origen que señala la experiencia vital que hicieron, los Padres son un pozo de agua viva desde donde beber para la vida de la fe hoy día, para hacerla actual.

¿Qué elementos generales conocemos de la historia del siglo II, contexto del pensamiento estructurador de la fe de San Ireno?[3] Todos los apóstoles han desaparecido, por lo que se conoce a Jesús oralmente y por Evangelios. Eclesialmente es la primera etapa de desarrollo: hubo que organizar las comunidades, la liturgia, promover el pensamiento cristiano, etc. Se vive una tensión entre Jerusalén y Roma, reflejados en el pensamiento judáico o greco/romano. Por el impulso misionero se expande el Evangelio y se pasa a las naciones, siendo resistido y perseguido por el Imperio, así como despreciado y calumniado por la multitud popular. En este contexto se despliega el primer desarrollo teológico, donde Ireneo destaca por la solidez y amplitud de su doctrina.

Ireneo de Lyon es natural de Asia Menor (Frigia o Esmirna) pero se afinca en la Galia junto a una colonia oriental que habla griego, latín y algo de celta. Se dice que trata con el anciano obispo Policarpo, discípulo del apóstol Juan. Recibe una formación clásica, que le hace un hombre equilibrado, prudente, dispuesto a combatir y escribir contra los herejes pero caritativo en el trato con ellos. Nombrado obispo en Lyon, se consagra a dos tareas: a la evangelización de la población gala, especialmente la campesina, cuya lengua sabe y habla, y al desarrollo de una poderosa acción literaria para defender la integridad de la fe contra las innovaciones gnósticas. Respondiendo a las diversas corrientes gnósticas ve un núcleo común entre ellas, y combate simultáneamente dos errores: la concepción dualista que opone el Dios creador del Antiguo Testamento al Padre el Nuevo Testamento, que opone Dios a la creatura, Dios al hombre. Asimismo, discute los problemas que el gnosticismo tiene con la encarnación y la negación de la resurrección de la carne. Y al des_cubrir el verdadero cristianismo, logra hacer una buena síntesis que muestra la unidad de la Historia de la salvación, la unidad en Dios del A.T. y del N.T., y la unión entre Dios y los hombres. Entiende que la fe cristiana es la experiencia de un solo Dios, una historia y una naturaleza humana, uniendo la diversidad en un solo plan de Salvación.

De los textos escritos por San Ireneo nos han llegado dos libros suyos: *Adversus Haereses* o *Contra las herejías. Revelación y refutación de la falsa gnosis*, la que se tiene en latín. Y la *Demostración de la enseñanza apostólica*, la que se encontró en idioma armenio y es especie de catecismo. Del original griego sólo se han encontrado fragmentos.

El presente estudio es una lectura concienzuda de los Libros III, IV y V del texto *Adversus Haereses* i te tado ast ea ó o I e eo e tie de la ela ió e t e ue po Espí itu . En este sentido, siguiendo los criterios científicos para el estudio de los Padres, elaborado por el Dr. Samuel Fernandez – desde las lecciones de Manlio Simonetti – y con algunos complementos de parte del Prof. Rodrigo Polanco, se ha intentado escuchar la *forma mentis* del autor, atento a sus propias elaboraciones teológicas puestas en el contexto de su discusión. El índice que se presenta a continuación es fruto de esta escucha abierta a lo que el mismo autor fue suscitando en diversas revisiones. En este sentido, se intenta dejar hablar a San Ireneo antes que

[3] Hamman, A. *Guía práctica de los Padres de la Iglesia*. Editorial DDB, Bilbao: 1969.

desplegar una elaboración propia, sabiendo que la selección y el orden de los pasajes a presentar ya condicionan la presentación del tema estudiado y son mejor reflejo del encuentro significativo entre el autor de este trabajo y el texto de San Ireneo. Por otra parte, hay que advertir que la gran cantidad de referencias bíblicas viene de la honda relación que los mismos Padres tienen con la Sagrada Escritura, pues entienden la teología como una exégesis eclesial. A partir de lo descubierto a la escucha de San Ireneo, y sin condicionar esta escucha a través de manuales o comentadores, se ha puesto entre paréntesis la discusión con los gnósticos para intentar poner a la luz el modo en que Ireneo articula la ela ió e t e arne y Espíritu , que de alguna manera, sabiendo que Ireneo identifica el Espíritu con la esencia de Dios y la carne con lo propio del hombre creado[4], nos abre a la manera en que el obispo de Lyon vive e interpreta la relación salvífica del hombre con Dios.

Finalmente, hay que señalar que se ha utilizado la traducción del *Adversus Haereses* de Carlos Ignacio González SJ, publicado Lima Perú, en el Centro de Investigaciones Teológicas de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima en el año jubilar 2000. Después de revisar varios pasajes del Libro V con la traducción de Antonio Orbe[5], y considerando las pretensiones y alcances de este escrito, no pareció necesario hacer referencias a otras traducciones.

1. ¿Qué es el hombre? El hombre es cuerpo, alma y Espíritu.

A partir de la unidad de la Historia de la Salvación y de la Revelación de Dios, San Ireneo de Lyon entiende al ser humano como creatura junto al resto de las cosas viene de Dios Padre, de quien recibe la vida a través del Hijo y del Espíritu, pues osot os ismos fuimos hechos junto con estas cosas que él contiene. A esto se refiere la Escritura cuando dice: «Y Dios plasmó al hombre, tomando el barro de la tierra, e infundió en su cara el soplo de vida» (Gé , . […] Pues sie p e le está p ese tes el Ve o y la Sabiduría, el Hijo y el Espíritu, por medio de los cuales y en los cuales libre y espontáneamente hace todas las cosas, a los cuales habla diciendo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26): toma de sí mismo la substancia de las creaturas, el modelo de las cosas hechas y la forma del o a e to del u do[6]. De este modo, el hombre en tanto criatura recibe el cuerpo y el alma. El cuerpo es la carne, en tanto principio de materialidad del ser humano que viene de la tierra y que da unidad y concreción a la creatura. El alma que viene del soplo de vida, es el principio vital, que como veremos, está muy disminuido en la concepción de Ireneo. Y al momento de crear y tomar el barro, la imagen que el Padre tiene en mente para plasmar al hombre, si así se puede decir, es la del Hijo. Luego veremos que la semejanza divina le viene dada al hombre a través de la vida del Espíritu, la otra mano creadora de Dios. ¿Cómo es esa vida que recibe del Espíritu? ¿En qué consiste? El mismo Ireneo señala que si le faltase el Espíritu al alma, entonces seguiría como tal, siendo animado; pero quedaría carnal, en cuanto se le dejaría siendo imperfecto: tendría la

[4] Cfr. Pola o, ‘od igo. *Gloria enim Dei vivens homo, vita autem hominis visio Dei*. Reflexiones sobre el *homo vivens* en el pe sa ie to de “a l e eo , e *Multifariam. Homenaje a los profesores Anneliese Meis, Antonio Bentué y Sergio Silva.* Suplemento a Teología y Vida 1; Anales de la Facultad de Teología; Santiago 2010. pp. 159-191.

[5] Cfr. Orbe, Antonio. *Teología de “a Ire eo. Co e tario al Libro V del Adversus Haereses* , I, II y III, Madrid: 1987.

[6] A.H. IV, 20,1. (Se utilizará esta convención para las citas: Adversus Haereses, Libro IV, parágrafo 20,1).

imagen en cuanto criatura, pero no recibiría la se eja za po el Espí itu [7] que es la vida divina que todo lo posee[8], y que perfecciona al hombre vivificándolo.

Ireneo distingue entre lo que es propio del hombre como criatura – carne y alma – y lo propio de la naturaleza divina – el Espíritu de vida, los que en el proceso de la existencia pueden vincularse, pues Dios quiere dar vida plena al ser humano, y el hombre que es libre puede acogerla y vivir desde ella.

Uno es el soplo de la vida que hace al hombre un ser animado, y otro distinto es el Espíritu vivificante que lo perfecciona como espiritual. Por eso dice Isaías: «Así habla el Señor, que hizo el cielo y lo fijó, que dio firmeza a la tierra y a cuanto hay en ella; y dio su aliento a todo cuanto en ella vive, y el espíritu a quienes caminan en ella» (Is 42,5). Afirma que se le dio en general el aliento a todo el pueblo que habita sobre la tierra; mas su Espíritu a quienes pisotean las concupiscencias terrenas. Por eso Isaías, distinguiendo en otra ocasión lo que antes había dicho, escribe: «El Espíritu saldrá de mí, pues yo he creado todo aliento» (Is 57,16). Propiamente coloca en el orden de Dios al Espíritu que en los últimos tiempos derramó sobre el género humano (Hech 2,17) para la filiación adoptiva; en cambio expresa que concedió su aliento comúnmente a todas las cosas he has eadas [9]. Por consiguiente, el soplo de vida es parte de lo creatural, mas el Espíritu introduce a la criatura humana en una relación filial con Dios, que como veremos, es la vida verdadera a la que Dios ha invitado al ser humano como parte de su pla salvífi o. Pues u a osa es el C eado , ot a la eatu a. El alie to es algo te po al; e a io el Espíritu es sempiterno. Y el aliento puede aumentar un poco, y permanece por algún tiempo, luego se retira y deja sin respiración a aquel en el que antes estuvo. Por el contrario, el Espíritu circunda al ho e po fue a lo lle a po de t o, sie p e e él pe seve a u a lo a a do a [10].

Sin embargo, la carne es lo que Ireneo llama cuerpo mortal: el plasma, o sea la carne, de la cual se afirma que Dios le dará la vida. Esta es la que muere y se deshace, no el alma ni el espíritu. Porque morir consiste en perder la respiración y la fuerza vital, y convertirse en un ser inmóvil e inanimado, para retornar a aquellos elementos de los cuales al inicio sacó su substancia. Esto no puede sucederle al alma, que es el soplo de vida; ni al Espíritu, que no es compuesto sino simple, y así no puede disolverse, sino que, por el contrario, es él la vida de aquellos que de él participan. Lo único que queda, pues, es que la muerte se refiera a la carne. Esta, una vez que el alma se aparta, queda inanimada y sin respiración, y poco a poco se disuelve en la tierra de la que fue sacada. Esta, pues, es la mortal[11].

Sin embargo, la carne en tanto principio material que unifica a la criatura es capaz de la sabiduría del Dios. “e des u i á ue la a e es apaz de e i i el pode de Dios, así o o al p i ipio a ogió su arte. Una parte de ésta llegó a ser ojo que ve, otra oído que oye, otra mano que obra y palpa, otra nervios extendidos por todo el cuerpo para dar forma a los miembros, otra arterias y venas por las que circulan la sangre y la respiración, otra vísceras diversas, otra sangre, dando lugar a la unión del alma con el cuerpo. ¿Qué más decir? No es posible enumerar todos los elementos de los miembros humanos, que no provienen de otra

[7] A.H. V, 6,1.
[8] Cfr. A. H. V, 9,4.
[9] A.H. V, 12,2a.
[10] A.H. V, 12,2a.
[11] Cfr. A.H. V, 7,1b. [13]
A.H. V, 3,2b.

fuente sino de la grande sabiduría de Dios (Sal 104[103],24). Pues todo a uello ue pa ti ipa de la sa idu ía de Dios, ta ié tie e pa te e su pode [13]. Por consiguiente, la carne […] no está privada de la sabiduría y del poder de Dios: porque el poder de aquel que le da la vida, se uest a e la de ilidad Co ,9 , esto es, e la a e. […] Y eso ue esta vida te po al, siendo mucho más débil que la eterna, sin embargo es tan poderosa que puede vivificar nuestros cuerpos mortales (Rom 8,11). ¿Por qué la vida eterna no será capaz de vivificar la carne ya ejercitada y acostumbrada a llevar la vida? Que la carne participe de la vida verdadera, se muestra por la misma vida presente: pues vive en cuanto Dios quiere que viva. Y que Dios es poderoso para dar la vida, es evidente: pues nosotros vivimos porque él nos ha concedido la vida. Y siendo Dios poderoso para dar la vida a su creatura, siendo capaz de vivificar la carne, ¿qué puede impedir que la carne pueda recibir la i o up ió , la ual o es si o u a la ga vida si fi ue Dios o ede? [12] Es decir, es la frágil carne la que podrá acoger la vida del Espíritu, sustancia divina, la que se muestra como vida verdadera, como vida eterna. Po eso di e ue la a e plas ada es te plo de Dios: «¿No sa éis ue sois te plos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno violase el templo de Dios, Dios lo destruirá; porque el templo de Dios es sagrado, y éste sois vosotros» (1 Cor 3,16). Abiertamente llama templo al cuerpo en el cual habita el Espíritu. Así como dice el Señor: «*Destruid este templo, y en tres días lo resucitaré*. […] Y po ue uest os ue pos o esu ita e vi tud de su p opia naturaleza, sino por la virtud de Dios, escribe a los Corintios: «El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Dios resucitó al Señor, y nos resucitará por su poder» (1 Cor 6,13- [15]. Esta línea de pensamiento salva la materia corporal y las apariencias como lugar de lo más noble que es lo divino[13].

¿Qué más se puede decir sobre el Espíritu en forma preliminar? El Espí itu de Dios [es lo ue vive]. [Y] los miembros del hombre, que se corrompen en la tierra […] son los que son poseídos por el Espíritu, el cual los traslada al Reino de los cielos. Por esto también Cristo murió, como un testamento del Evangelio, abierto y leído por todo el mundo, para ante todo liberar a sus siervos; y para en seguida hacerlos herederos de todo lo que es suyo, siendo el Espíritu el que todo lo posee. Pues el que vive es quien posee la herencia, y la carne es lo que él adquiere en herencia. Y para que no perdamos la vida perdiendo al Espíritu que nos posee, el Apóstol nos exhorta a participar del Espíritu […] diciendo: «La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» (1 Cor 15,50). Como si dijese: No erréis; pues a menos que el Verbo de Dios habite en vosotros, y en vosotros esté el Espíritu del Padre, os comportaréis en vano y a la ventura, viviendo sólo según la carne y la sangre, y así no podréis poseer el Reino de Dios [14]. Por consiguiente, el Espíritu es vida, toma en herencia la carne y todo lo posee. Sin embargo, pareciera que la posibilidad de recibir el Reino se inicia en esta vida participando del Espíritu, es decir, en una vida vivida dejando que el Espíritu habite la carne y el alma, lo que se traduce en un cierto estilo de vida que se refleja en comportamientos concretos.

---

[12] A.H. V, 3,3. [15]

A.H. V, 6,2.

[13] Frente a la mentalidad helénica de corte gnóstico y neoplatónico, sensible a la tensión entre lo que permanece y lo que cambia, esta es una posición intelectual que lleva a considerar de otro modo la realidad diversa y cambiante como lugar de despliegue de lo humano/divino.

[14] A.H. V, 9,4b. [18]

A.H. V, 9,1.

Ahora, ¿cómo se relaciona la carne, el alma y el Espíritu? Tres son los elementos de los cuales […] consta el hombre: carne, alma y Espíritu. El tercero es el que da la forma y nos salva, esto es, el Espíritu; otro es el elemento que recibe la unión y la forma, es decir la carne; y el tercero (el alma) media entre los dos, y es el que, cuando consiente a la carne, cae en las pasiones terrenas. Si algunos seres humanos carecen de aquello que da la salvación, unidad y forma, con razón se les llama «carne y sangre»; porque no tienen en sí el Espíritu de Dios. Por eso también el Señor los llama «muertos»: «Dejad que los

ue tos sepulte a sus ue tos» L 9, , po ue o tie e el Espí itu ue da vida al ho e .[18]

Luego, señala Ireneo que en la articulación que haga el alma como principio vital, en tanto gozne entre el cuerpo y el Espíritu se desprenden tipos diversos de vida, ya sea según la carne llevado por las pasiones terrenas o según el Espíritu de vida que puede ser recibido por la carne y habitar en el ser humano. Por consiguiente, es posible para la carne el encuentro con la vida divina, que dependiendo del consentimiento del alma, podrá ser cualificada desde la cercanía y acogida o desde la distancia y el rechazo de Dios, es decir, desde la vida como muerte o desde la vida verdadera que hacer al hombre semejante a Dios por la acogida del Espíritu.

Dios se á glo ifi ado e su iatu a ue po su o dad ha he ho se eja te a él, o fo e a la imagen de su Hijo. Pues el hombre, y no sólo una parte del hombre, se hace semejante a Dios, por medio de las manos de Dios, esto es, por el Hijo y el Espíritu. Pues el alma y el Espíritu pueden ser partes del hombre, pero no todo el hombre; sino que el hombre perfecto es la mezcla y unión del alma que recibe al Espíritu del Padre, y mezclada con ella la carne, que ha sido creada según la imagen de Dios. […] Mas este Espí itu se u e a la iatu a al ez la se o el al a; así po la efusió del Espí itu, el hombre se hace perfecto y espiritual: y éste es el que ha sido hecho según la imagen y semejanza de Dios (Gén 1,26). Si le faltase el Espíritu al alma, entonces seguiría como tal, siendo animado; pero quedaría carnal, en cuanto se le dejaría siendo imperfecto: tendría la imagen en cuanto criatura, pero no recibiría la semejanza po el Espí itu. […] [Luego] la u ió ez la de todos éstos [- carne, alma y Espíritu-] es lo que hace al hombre perfecto. Por eso el Apóstol, manifestándose a sí mismo, explicó que el hombre espiritual y perfecto es el que se salva, según afirma en la primera Epístola a los

Tesalonicenses: «El Dios de la paz os santifique y haga perfectos, y que todo vuestro ser, Espíritu, alma y ue po, pe a ez a si a ha hasta la ve ida del "eño Jesu isto» Tes , . […] Llama perfectos a quienes muestran al Señor estos tres elementos sin mancha. Son, pues, perfectos quienes tuviesen en sí de modo permanente al Espíritu de Dios, conservando sin mancha el cuerpo y el alma. Al decir «de Dios», se refiere a los que conservan la fe en Dios, y mantienen la justi ia espe to a su p óji o [15].

Ireneo vincula la perfección del hombre con la mezcla de los tres elementos mostrados: carne, alma y Espíritu, y nuevamente señala que esta unidad se traduce en signos visibles en la vida de cristiana, ahora a través de la fe en Dios y además, de la justicia con el prójimo (las dos dimensiones en que Jesús resume la Ley y los profetas). Asimismo, nuevamente se sugiere que la vida verdadera se realiza en virtud de la acogida del Espíritu y la participación en su vida, pero que puede ser rechaza por el hombre. Ya veremos en qué consiste esta vida de perfección al recibir la semejanza divina a través del Espíritu, donde pareciera estar en juego la salvación del hombre.

[15] A.H. V, 6,1.

a. La vida del Espíritu se recibe como un don de Dios que fundamenta la libertad.

A través de lo que se viene mostrando, para Ireneo es un dato de realidad que la posibilidad de o pa ti la vida divi a es u do g atuito de Dios a t avés del Hijo: uest o "eño , po su ise i o dia, […] ha ie do e i ido este don del Padre, él mismo lo donó a quienes participan de él, enviando el Espí itu "a to a toda la tie a [16]. Para ello el Señor prometió que enviaría al Paráclito que nos acercase a Dios (Jn 15,26; 16,7). Pues, así como del trigo seco no puede hacerse ni una sola masa ni un solo pan, sin algo de humedad, así tampoco nosotros, siendo muchos, podíamos hacernos uno en Cristo Jesús, sin el agua que proviene del cielo [17], lo que mantiene húmeda la masa para la mezcla del hombre – Cristo; esta es el agua que sólo Dios da, la vida en el Espíritu que nos hace uno con Cristo para ser, por él, con él y en él, pan vivo para la vida del mundo. Así lo hizo a fi de ue el ho e, a ogie do la salva ió , se haga inseparable de Dios, resucite y glorifique al Señor con la misma voz de Jonás: «Clamé al Señor mi Dios en mi tribulación, y me escuchó desde el seno del infierno» (Jon 2,2), y permanezca siempre glorificando a Dios y dándole gracias por la salvación que éste le ha brindado, «de modo que ninguna carne se gloríe delante del Señor» (1 Cor 1,29),ni acepte acerca de Dios ninguna idea contraria, pensando que la incorrupción prometida es cosa que le pertenece por naturaleza. Esto sería dejar de lado la verdad, para jactarse con vana altivez de ser igual a Dios por naturaleza. Una tal actitud ha vuelto al ser humano más ingrato con aquel que lo ha hecho, lo ha ofuscado para no ver el amor que Dios le ha tenido, y le ha cegado los sentidos para que no alcance a ver la dignidad de Dios, cuando se compara con Dios y se juzga a sí is o igual a él [18]. En otras palabras, la aceptación de la situación de creatura agraciada frente a Dios, que se reconoce agradecidamente hechura de Dios e hijo por participación en el Espíritu para ser uno en Cristo, pareciera ser un actitud que de alguna manera permite la acogida del Espíritu que desciende a través de Cristo. Pues, ¿ uál es el ue po de hu ildad ue el "eño transformará al cambiarlo según el modelo de su cuerpo glorioso? Es evidente que este cuerpo es la carne que humillada cae en la tierra. Y su transfiguración, puesto que siendo mortal y corruptible se tornará inmortal e incorruptible, no se deberá a su propia naturaleza, sino a la obra del Señor: éste es quien puede revestir lo mortal de inmortalidad, y lo corruptible de incorrupción. Por eso escribe en la segunda Carta a los Corintios: «A fin de que lo mortal sea absorbido por la vida. Quien nos dispone para ello es Dios, que nos ha dado las arras del Espíritu» (2 Cor 5,4- [19]. Y fiel a la integración carne, alma y Espíritu, este don gratuito hace al hombre producir frutos de vida. Así como si el agua no cae la tierra árida no fructifica, así tampoco nosotros, siendo un leño seco, nunca daríamos fruto para la vida, si no se nos enviase de los cielos la lluvia gratuita. Pues nuestros cuerpos recibieron la unidad por medio de la purificación (bautismal) para la incorrupción; y las almas la recibieron por el Espíritu. Por eso una y otro fueron necesarios, pues ambos nos llevan a la vida de Dios [20].

Por otra parte, el ser creatura de Dios abierta al don de la vida del Espíritu no puede sino fu da e ta se e la li e tad o ue el is o eado ha plas ado a su eatu a. Pues, si no estuviese bajo nuestro arbitrio hacer

[16] A.H. III, 17,2c.
[17] A.H. III, 17,2b.
[18] A.H. III, 20,1.
[19] A.H. V, 13,3b.
[20] A.H. III, 17,2b.

estas cosas o evitarlas, ¿qué motivo habría tenido el Apóstol, y antes el mismo Señor, de aconsejar hacer unas cosas y abstenerse de otras? Pero, como desde el principio el ser humano fue dotado del libre arbitrio, Dios, a cuya imagen fue hecho, siempre le ha dado el consejo de perseverar en el bien, que se perfecciona por la obediencia a Dios [21]. Y pa a I e eo, no sólo en cuanto a las obras, sino también en cuanto a la fe, el Señor ha respetado la libertad y el libre arbitrio del hombre. […] Todos los textos semejantes prueban que el ser humano tiene libertad para creer. Por eso «el que cree tiene la vida eterna, mas el que no cree en el Hijo no tiene la vida eterna, sino que la cólera de Dios permanece en él» (Jn 3,36) [26].

El reconocimiento de la fragilidad creatural y la necesidad de Dios, paradójicamente abre al ser humano a la fortaleza de la vida en el Espíritu. Por eso, ningún mal hay en descubrir la propia debilidad al sufrirla, pues éste es mayor bien que errar acerca de la propia naturaleza. En cambio, alzarse contra Dios y presumir de la gloria como si fuese propia, torna ingrato al hombre, lo cual le causa mucho daño; pues le arrebata al mismo tiempo la verdad y el amor que debe a aquel que lo hizo. Pero la experiencia de lo uno y de lo otro le proporciona el verdadero saber acerca de Dios y del hombre, y aumenta en éste [la gratitud y] el amor a Dios; pues ahí donde abunda el amor, ahí también se acrecienta la gloria, por el pode de Dios, de a uellos ue lo a a [22]. Entonces, la conciencia de creatura frente al Don de Dios, le torna agradecido, y abierto desde su libertad para, desde quien quiere responder al amor con amor, acoger la vida de Dios en él.

¿Có o pod ías ha e te dios, si p i e o o te ha es u se hu a o? ¿Có o p ete des se perfecto, si fuiste creado en el tiempo? ¿Cómo sueñas en ser inmortal, si en tu naturaleza mortal no has obedecido a tu Hacedor? Es, pues, necesario que primero observes tu orden humano, para que en seguida participes de la gloria de Dios. Porque tú no hiciste a Dios, sino que él te hizo. Y si eres obra de Dios, contempla la mano de tu artífice, que hace todas las cosas en el tiempo oportuno, y de igual manera obrará oportunamente en cuanto a ti respecta. Pon en sus manos un corazón blando y moldeable, y conserva la imagen según la cual el Artista te plasmó; guarda en ti la humedad, no vaya a ser que, si te endureces, pierdas las huella de sus dedos. Conservando tu forma subirás a lo perfecto; pues el arte de Dios esconde el lodo que hay en ti. Su mano plasmó tu ser, te reviste por dentro y por fuera con plata y oro puro (Ex 25,11), y tanto te adornará, que el Rey deseará tu belleza (Sal 45[44],12). Mas si, endureciéndote, rechazas su arte y te muestras ingrato a aquel que te hizo un ser humano, al hacerte ingrato a Dios pierdes al mismo tiempo el arte con que te hizo y la vida que te dio: hacer es propio de la bondad de Dios, ser hecho es propio de la naturaleza humana. Y por este motivo, si le entregas lo que es tuyo, es decir tu fe y obediencia a él, entonces recibirás de él su arte, que te co ve ti á e o a pe fe ta de Dios [23].

b. Las obras del Espíritu dan vida. Las obras de la carne llevan a la destrucción y la muerte.

I e eo señal ue es "a Pa lo uie e pli a uáles so las o as ue lla a a ales, o o previniendo el ataque de los infieles. Las expone él mismo, para no dejar la cuestión a quienes hablan despropósitos. Escribe en la

[21] A. H. IV, 37,4b. [26]

A.H. IV, 37,5.

[22] A.H. V, 3,1b.

[23] A.H. IV, 39,2.

Carta a los Gálatas: «Son claras las obras de la carne: los adulterios, la fornicación, la impureza, la lujuria, la idolatría, la magia, la enemistad, las riñas, los celos, la ira, la discordia, los odios, las disensiones, las herejías, las envidias, las borracheras, las orgías y cosas semejantes. Os repito lo que antes dije: quienes así obran, no poseerán el reino de Dios» (Gál 5,19-21).

[…] pues uie es hacen estas cosas, se conducen según la carne, y no pueden vivir según Dios (Rom ,[24]. Así ta ié aho da e las o as espi ituales ue da vida al ho e, o sea la i se ió del

Espíritu, cuando dice: «Mas los frutos del Espíritu son el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la bondad, la benignidad, la fe, la mansedumbre, la templanza, la castidad: contra quienes así actúan no hay ley» (Gal 5,22-23). Así como quien va progresando y realiza el fruto del Espíritu, se salva sin duda alguna por la comunión con el Espíritu, así también quien se detenga en las obras de la carne, se le tendrá por carnal porque no ha recibido el Espíritu de Dios, y por ello no puede poseer el Reino de los cielos.

[Por sus frutos los conoceréis. Ireneo presenta, por una parte, los frutos de la vida según la carne y por otra, los que se desprenden de la vida según el Espíritu que cualifica de modo diverso la vida: la vida de los hombre carnales y la vida de los espirituales[25]. Y] de modo muy claro expresa por cuáles obras el ser humano perece, si persevera en vivir según la carne; y, en consecuencia, de qué manera se salva. Pues afirma que nos salvan el nombre de nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu de nuestro Dios [31].

Por ello, a quienes tienen la prenda del Espíritu y no sirven a las concupiscencias de la carne, sino que se someten a sí mismos al Espíritu, y se comportan según la razón en todas las cosas, justamente el Apóstol los llama espirituales; porque el Espíritu de Dios habita en ellos. En efecto, los espíritus incorpóreos no pueden ser hombres espirituales; sino que es nuestra substancia, esto es, la unión de alma y carne, la que asume al Espíritu de Dios, y hace al hombre espiritual y perfecto. Algunos, sin embargo, rechazan el consejo del Espíritu, [no acogen su vida], sirven a las inclinaciones de la carne y viven irracionalmente, y se lanzan sin freno tras sus deseos, sin tener ninguna inspiración del Espíritu divino; sino que viven al modo de los cerdos y perros: a éstos el Apóstol justamente llama carnales (1 Cor 3,3), porque no sienten otra cosa sino las carnales. Y por esta misma razón el profeta los asemeja a los animales irracionales, por la conducta irracional de los mismos, diciendo: «Se han hecho caballos que buscan furiosamente las hembras, cada uno apasionados por la mujer de su prójimo» (Jer 5,8). Y en otro lugar: «El hombre, habiendo sido honrado, se hizo semejante a las bestias» (Sal 49[48],21). Esto lo dice porque, emulando a las bestias en su modo de vivir, se les asemejan por su culpa. También nosotros tenemos la costumbre de llamar a estos hombres, animales irracionales y jumentos [26]. Pe o uienes temen a Dios y creen en la venida de su Hijo, y por la fe mantienen en sus corazones al Espíritu de Dios, se llaman con razón hombres puros y espirituales que viven en Dios: pues tienen el Espíritu del Padre que limpia al hombre y lo eleva a la vida de Dios. Porque, así como «la carne es débil», así «el espíritu dispuesto» recibe el testimonio de Dios (Mt 26,41). Poderoso es para llevar a cabo cualquier cosa que haya decidido. Si alguno, pues, mezcla esto del Espíritu que está dispuesto como un estímulo, con la debilidad de la carne, por fuerza y absolutamente lo fuerte superará lo débil, de manera que la fortaleza del Espíritu absorberá

[24] A.H. V, 11,1a.

[25] Este modo de decir las cosas, como muchos otros en el texto de Ireneo, disputa el sentido de los conceptos a los gnósticos. Para ellos, los hombres son carnales o espirituales por naturaleza. Ireneo, en cambio, muestra que se es carnal o espiritual por gracia divina, a través del diálogo de la gracia de Dios con la libertad del hombre [31] A.H. V, 11,1b.

[26] A.H. V, 8,2.

la debilidad de la carne; y así, el que era carnal, ya no seguirá siéndolo, sino que se convertirá en espiritual, por la comunicación del Espíritu. De este modo los mártires dieron testimonio y despreciaron la muerte, no según la debilidad de la carne, sino según lo que estaba dispuesto de su espíritu. Pues absorbida la debilidad de la carne, manifestó la potencia del Espíritu: y el Espíritu, al absorber la debilidad, posee la carne como su herencia. Pues el hombre viviente está hecho de ambas cosas: es hombre por participar de la substancia de la carne, y viviente por participar del Espíritu [27].

Pero , ¿cómo se llega ser un hombre viviente y no simple hombre? ¿Cuál es el camino trazado en el Plan de Dios? Ireneo señala primariamente que el mismo Apóstol Pablo muestra que para vivir en Cristo como seres espirituales debemos renunciar, no a nuestro ser creaturas sino a las concupiscencias de la carne cambiando nuestro estilo de vida. «Despojaos del hombre viejo con todas sus obras» (Col 3,9). [28]. Aunque «fruto de la obra del Espíritu» es la salvación de la carne, quiso indicar que debemos despojarnos de nuestro viejo modo de vivir, que nos envejece y corrompe. Por eso añadió: «Revistiendo el hombre nuevo, que rejuvenece en el conocimiento, según la imagen del que lo creó» (Col 3,10). Con las palabras: «Que rejuvenece en el conocimiento», demuestra que el mismo que vivía como un hombre en la ignorancia, o sea, sin reconocer a Dios, se renueva mediante ese conocimiento que en él habita. Pues el conocimiento de Dios renueva al hombre. Y al decir: «Según la imagen del Creador», indicó la recapitulación de este mismo hombre, que al inicio fue hecho según la imagen de Dios[29]. Pero, ¿cómo se produce la renovación del hombre por el conocimiento de Dios?

2. El proceso de plenificación del hombre espiritual.

Ha venido despuntando la pregunta por el modo en que el hombre deja de ser un mero hombre para constituirse en hombre viviente por la acogida del Espíritu divino en su existencia. Veremos a continuación que San Ireneo entiende que en la Economía de Dios, la creación y plenificación del hombre es un proceso de desarrollo llevado adelante por la iniciativa divina y la respuesta humana. Este proceso plenifica al hombre que acoge la vida divina que le es ofrecida en el Espíritu y que le cualifica como hombre viviente que va hacia el Padre por el Hijo. El hombre, imagen del Hijo recibe ahora la semejanza a la vida divina que es la vida del Espíritu, por la cual, se dice, conoce al Padre en tanto participación de la vida de Dios por familiaridad con lo divino[36]. Esta es la vida del nuevo nacimiento que es ofrecida a todo ser humano.

Así como por el viejo nacimiento heredamos la muerte, así por este nacimiento heredamos la vida, [como vida incorruptible que produce nuevos frutos de vida. Los hombre carnales] no aceptan que Dios entre en comunión con ellos; sino que perseveran en aquel Adán vencido y echado del paraíso. No miran que, así como al principio el aliento de vida que Dios sopló en Adán, al unirse con la criatura plasmó

[27] A.H. V, 9,2.

[28] Cfr. A.H. V, 12,3.

[29] Cfr. A.H. V, 12,4. 36

Sigue la estructura de la Historia de Salvación del Evangelio de Lucas, que unido por la acción del Espíritu, da continuidad entre el tiempo de preparación en el pueblo de Israel, el cumplimiento en Jesucristo guiado por el Espíritu y luego, vincula este tiempo con la continuidad que establece el Espíritu a través de la Iglesia. Cfr. Aguirre R. y Rodriguez A. *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles.* Editorial Verbo Divino, Navarra: 1994.

al hombre, mostrándolo animal racional, así también al final el Verbo del Padre y el Espíritu de Dios, unido a la substancia de Adán como a su antigua criatura, lo transforma en hombre viviente y perfecto, y capaz de recibir al Padre perfecto. De este modo, así como todos hemos muerto en la condición animal, así también todos tendremos la vida en la espiritual. Porque Adán jamás escapó de las manos de Dios, a las cuales el Padre dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26). Por eso, al final, no por deseo de la carne ni por deseo de varón (Jn 1,13), sino por el beneplácito del Padre, sus manos llevaron a plenitud al hombre viviente, para que se haga conforme a la imagen y semejanza de Dios [30]. Esto no significa que debamos esperar sólo hasta el final para la vida perfecta mientras el tiempo transcurre en la imperfección. Ya señalamos que la vida divina produce un estilo de vida conforme a tal, y esta vida se adquiere en forma procesual.

«¡Pe o ué, ¿a aso Dios o pod ía haber creado al ser humano perfecto desde el principio?» Sépase que Dios siempre es el mismo e idéntico a lo que él mismo es, y que todo le es posible. Pero las cosas creadas por él, puesto que comenzaron a existir cuando fueron hechas, por fuerza que son inferiores a aquel que las hizo. Las cosas que llegaron a ser, no podían ser increadas; y por el hecho de no ser increadas les falta ser perfectas. [En este sentido, es inevitable la necesidad de recibirse como creatura, cuya naturaleza es corruptible y requiere maduración. De lo contrario, el hombre no se abre a la vida que se ofrece a su libertad, engañado con respecto a su naturaleza. Pues,] como fueron producidas más tarde, en ese sentido son niñas, y como niñas no están ni habituadas ni ejercitadas en un modo de actuar perfecto. Sucede como con una madre capaz de dar al bebé un alimento de adulto, pero él aún no puede comer ese alimento demasiado pesado para sus fuerzas. De modo semejante, Dios pudo dar la perfección al ser humano desde el principio, pero éste era incapaz de recibirla, pues también fue niño.

Por eso nuestro Dios en los últimos tiempos, para recapitular todas las cosas en sí mismo, vino a nosotros, no tal como podía mostrarse, sino como nosotros éramos capaces de mirarlo. [Dios conoce nuestra naturaleza frágil, y respetuoso de ella realiza las cosas de tal modo que podamos crecer en Él.] Porque podía venir a nosotros en su gloria inexpresable, pero nosotros no hubiéramos resistido soportar la grandeza de su gloria. Por eso, como a niños, aquel que era el pan perfecto del Padre se nos dio a sí mismo como leche, cuando vino a nosotros como un hombre; a fin de que, nutriendo nuestra carne como de su pecho, mediante esa lactancia nos acostumbráramos a comer y beber al Verbo de Dios, hasta que fuésemos capaces de recibir dentro de nosotros el Pan de la inmortalidad, que es el Espíritu del Padre [31]. Así, es parte de la naturaleza humana y su sentido la necesidad de maduración, abriéndose al alimento divino necesario dependiendo de sus posibilidades. Así, por pura delicadeza e iniciativa divina, el Hijo se hizo hombre para que podamos acercarnos a Dios y habiéndolo recibido en nuestra existencia como Espíritu, alimento de la vida, podamos madurar para la vida verdadera. Dios ha ía podido desde el principio dar la perfección al ser humano; pero éste, recién creado, no era capaz de e i i lo, si lo e i ía e a i apaz de a oge lo, si lo a ogía o te ía fue zas pa a o se va lo [32]. Así, como quien se encarga de criar y ayudar a crecer a un niño de pecho, Dios ha pe itido ue su eda estas cosas, [mostrándonos] cómo todos los hechos de esta

[30] A.H. V, 1,3

[31] A.H. IV, 38,1.

[32] A.H. IV, 38,2. [40]

A.H. V, 29,1.

naturaleza han acaecido para la salvación del hombre, porque le hacen madurar para la inmortalidad en todo aquello que cae bajo el poder de su li e tad, lo p epa a pa a ue sea ás apaz de so ete se a Dios pa a sie p e [40].

Y al igual que un joven, en cuyo crecimiento va comprendiendo el modo de la vida, ahora recibimos alguna parte de su Espíritu, para perfeccionar y preparar la incorrupción, acostumbrándonos poco a poco a comprender y a portar a Dios. El Apóstol lo llamó prenda (es decir, parte de la gloria que Dios nos ha prometido), cuando dijo en la Epístola a los Efesios: «En él también vosotros, escuchada la palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, creyendo en él habéis sido sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia» (Ef 1,13-14). Por ello esta prenda, al habitar en nosotros, ya nos hace espirituales, y la mortalidad es absorbida por la inmortalidad (2 Cor 5,4), pues dice: «Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom 8,9). Esto no nos sucede por la destrucción de la carne, sino por la comunión del Espíritu; pues aquellos a quienes escribía no vivían sin la carne, sino que habían recibido al Espíritu de Dios, «en el cual clamamos: *¡Abbá, Padre!*» (Rom 8,15). [La vida carnal se va haciendo espiritual por la inhabitación del Espíritu, que nos vincula filialmente, en comunión y pertenencia amorosa a Dios, moviéndonos a llamarle cariñosamente Abbá, Papito. Luego,] teniendo ahora esta prenda clamamos: «¡Abbá, Padre!», ¿qué sucederá cuando, resucitados, lo veremos cara a cara (1 Cor 13,12); cuando todos sus miembros a una sola voz elevarán el himno de alegría, para glorificar al que los ha resucitado de los muertos para darles la vida eterna? Pues si la prenda, apoderándose del hombre mismo, ya le hace clamar: «¡Abbá, Padre!», ¿qué hará la gracia universal del Espíritu, que Dios otorgará a los hombres? Nos hará semejantes a él, y nos hará perfectos por la voluntad del Padre; pues éste ha hecho al hombre segú la i age se eja za de Dios [33].

Así, Dios es, pues, ú i o el is o ue e olla el ielo o o u li o ls , e ueva la faz de la tierra (Sal 104[103],30): que hizo las cosas temporales para el hombre, a fin de que madurando en ellas diese frutos de inmortalidad; él, por su bondad, produjo las cosas eternas, «para mostrar a los siglos futuros las inenarrables riquezas de su benignidad» (Ef 2,7); que fue anunciado por la Ley y los p ofetas, al ue C isto o fesó su Pad e [34]. Pues, en esto difiere Dios del ser humano: Dios hace, el hombre es hecho. Y, por cierto, el que hace siempre es el mismo; en cambio aquel que es hecho debe recibir comienzo, adelanto y aumento hasta llegar a la madurez. Dios concede los beneficios, el ser humano los recibe. Dios es perfecto en todas las cosas, siempre es igual y semejante a sí mismo, porque todo él es luz, mente, substancia y fuente de todos los bienes; mientras que el ser humano recibe el ir aprovechando y creciendo hasta Dios. De la misma manera como Dios es siempre el mismo, así también el hombre que se encuentra en Dios, siempre irá creciendo hacia él. Pues ni Dios deja nunca de beneficiar y enriquecer al ser humano, ni éste deja de recibir de Dios sus beneficios y riquezas. Cuando el ser humano es agradecido con aquel que lo creó, se convierte en recipiente de su bondad e instrumento de su gloria. De igual modo, el ingrato que desprecia a aquel que lo plasmó y no se sujeta a su Palabra, se convierte en recipiente de su juicio [35].

Asimismo, este proceso de crecimiento personal en el Espíritu también se verifica en la Historia de Salvación para la creación entera: Dios, por medio del Espíritu se dejó ver proféticamente; por medio del

[33] A.H. V, 8,1.

[34] A.H. IV, 5,1.

[35] A.H. IV, 11,2.

Hijo se dejó ver según la adopción; se hará ver según su paternidad en el reino de los cielos: el Espíritu prepara al hombre para el Hijo de Dios, el Hijo lo conduce al Padre, el Padre concede la incorrupción para la vida eterna, que a cada uno le viene con la visión de Dios. Pues así como los que ven la luz están en la luz y perciben su claridad, así también quienes ven a Dios están en Dios y ven su claridad. Y la claridad de Dios da la vida: es decir, quienes ven a Dios tienen parte en la vida [, participan de ella, están en ella.] Por eso el que no puede ser abarcado, comprendido ni visto, concede a los seres humanos que lo vean, lo comprendan y abarquen, a fin de darles la vida una vez que lo han visto y comprendido. Así como su grandeza es insondable, así también es inefable su bondad, por la cual da la vida a quienes lo ven: porque vivir sin tener la vida es imposible, la vida viene por participar de Dios, y participar de Dios es ve lo goza de su o dad [36].

Por consiguiente, quien mantiene sin inflarse ni jactarse la verdadera gloria de las cosas creadas y de su Hacedor (el Dios omnipotente que a todas ha concedido la existencia), y permanece en su amor, sometido a él y en acción de gracias, recibirá de Dios una mayor gloria, y más aprovechará haciéndose semejante a aquel que por él ha muerto. Pues se hizo «semejante a la carne del pecado» (Rom 8,3) a fin de condenar el pecado y una vez condenado echarlo de la carne, para de esta manera hacer crecer en su semejanza al ser humano, llamándolo a ser imitador de Dios, sometiéndolo a la Ley que lo lleva a contemplar a Dios, y dándole la capacidad de captar al Padre. El Verbo de Dios habitó en el ser humano (Jn 1,14) y se hizo Hijo del Hombre, a fin de que el hombre se habituase a recibir a Dios y Dios se habituase a habitar en el hombre, según agradó al Padre [37]. En este sentido, este proceso de plenificación, de alguna manera, es un proceso de mutua implicación desde la libertad y la gratuidad divina. A través del Hijo, Dios ha ido teniendo una experiencia del hombre, en el Hijo el hombre se ha abierto a un nuevo modo de vivir y experienciar a Dios, quien transforma su vida en vida viviente y divina.

Así, a todos aquellos que guardan su amor, les ofrece su comunión. Y la comunión con Dios es vida, luz y goce de todos sus bienes. En cambio, según su misma palabra, a todos aquellos que se separan de él, los condena a la separación que ellos mismos han elegido. La separación de Dios es muerte, renuncia a la luz, tinieblas. La separación de Dios es pérdida de todos los bienes divinos. Por eso, quienes por la apostasía han perdido esas cosas, malogrados todos los bienes, viven en el castigo. No que Dios por sí mismo haya planeado castigarlos, sino que a ellos se les echa encima el sufrimiento de haberse separado por sí mismos de todos los bienes. Mas los bienes divinos son eternos y no tienen fin, por eso también es sin fin su pérdida. Es como la luz, que no tiene fin; pero a quienes se ciegan a sí mismos o a quienes otros privan definitivamente de la luz, para siempre les falta el gozo de la luz: no es que la luz los castigue con la ceguera, sino que su misma ceguera les produce el sufrimiento [38].

Luego, el proceso por el cual el Espíritu habita la carne tiene rasgos de participación, comunión, relación filial en el amor, amistad con Dios, fe en Dios y obras de justicia con los demás. Es el Espíritu de amor que constituye al hombre viviente en comunión con Dios.

[36] A.H. IV, 20,5b.

[37] A.H. III, 20,2c.

[38] A.H. V, 27,2.

Lo dicho hasta aquí, ¿significa que Dios necesita tener esta experiencia del hombre? Si así fuera, ¿cómo es que el hombre es libre y respetado? ¿No sería el hombre algo necesario para Dios, por lo que estaría en función de las necesidades divinas, anulando la trascendencia y libertad de Dios? El ser humano se reduciría a una alteridad necesaria para la plenitud divina.

Frente a esto, Ireneo señala que Dios por su parte nada necesita; en cambio al hombre le hace falta la o u ió o Dios. […] pues él os ha eado preparado para que participemos de su gloria [39].

Desde el principio Dios plasmó al ser humano para ser vaso de sus dones; eligió a los patriarcas para su salvación; formó el pueblo antiguo para enseñar a esa gente indócil a seguir a Dios; instruyó a los profetas para acostumbrar a los seres humanos sobre la tierra a ser depositarios de su Espíritu y a participar de la comunión con Dios. No necesitando él nada, concedió a los necesitados la comunión con El. […] De u has a e as p epa ó al gé e o hu a o a fin de que la salvación le viniese como una sinfonía [40].

Asi is o, el Verbo de Dios no elevó a Abraham a su amistad porque le hiciese falta, pues es perfecto desde siempre -en efecto, dijo: «Antes de que Abraham fuese, yo existo» (Jn 8,58)-; sino para otorgar a Abraham la vida eterna, por pura bondad, pues la amistad con Dios es fuente de inmortalidad para cuantos la cultivan [41]. Luego, por pura iniciativa gratuita, Dios prepara la salvación como una sinfonía gloriosa en que la carne y el Espíritu bailan en comunión amorosa, no por la fuerza, […] sino por persuasión, como convenía a un Dios que persuade y que no nos fuerza a recibir lo que él quiere; de modo que ni se destruyese lo que es justo ni se perdiese la antigua criatura de Dios. Luego, es Dios quien toma la iniciativa y se da gratuitamente respetando la libertad del hombre.

Así pues, el Señor nos redimió con su propia sangre (Col 1,14), dando su vida por la nuestra y su carne por nuestra carne, y derramando el Espíritu del Padre para la unidad y comunión entre Dios y los hombres. Así trajo a Dios a los hombres mediante el Espíritu; y levantando los hombres a Dios por medio de su propia carne, por su venida nos otorgó su inmortalidad de manera firme y verdadera, mediante la comunión con él [42].

a. La mediación del Hijo para que la carne reciba el Espíritu de Vida.

Como se viene insinuando, la relación de la carne con el Espíritu se realiza por la mediación del Hijo, quien además, prepara al hombre para recibir la vida divina que el enemigo de la natura humana quiere arrebatar. Por eso, se pregunta el Apóstol: ¿pero cómo podíamos unirnos a la incorrupción y a la inmortalidad, si primero la incorrupción y la inmortalidad no se hacía cuanto somos nosotros, «para que se absorbiese» lo corruptible en la incorrupción y «lo mortal» en la inmortalidad (1 Cor 15,53-54; 2 Co , «pa a ue e i iése os la filia ió adoptiva» Gál , ? [43] Co o he os di ho, [el Hijo] hizo retornar y volvió a unir al hombre con Dios. Pues si el hombre no hubiese vencido al enemigo del hombre, el enemigo no habría sido vencido justamente. Y también si Dios no hubiese donado la salvación, no la tendríamos con seguridad. Y

[39] A.H. IV, 14,1b.
[40] A.H. IV, 14,2.
[41] A.H. IV, 13,4b.
[42] A.H. V, 1,1b.
[43] A.H. III, 19,1.

si el hombre no hubiese sido unido a Dios, no podría haber participado de la incorrupción. Convenía, pues, que el Mediador entre Dios y los hombres (1 Tim 2,5) por su propia familiaridad condujese ambos a la familiaridad, amistad y concordia mutuas, para que Dios asumiese al hombre y el hombre se entregase a Dios. ¿Pues de qué manera podíamos ser partícipes de su filiación (Gal 4,5) si no la recibiésemos por medio del Hijo por la comunión con él, si él, su Verbo, no
hu iese e t ado e o u ió o osot os ha ié dose a e J , ? [44]

Nosot os, los ue he os a ido e ie te e te, e i i os el e i ie to del que es perfecto y anterior a toda la creación, y el único bueno y excelente; y a semejanza de aquél, para obtener de él el don de la incorrupción, puesto que hemos sido predestinados a existir (Ef 1,11-12) cuando aún no existíamos, según el preconocimiento del Padre (1 Pe 1,2); y comenzamos a existir por el ministerio del Ve o e los tie pos p efijados [45].

Como intuía Rahner dieciocho siglos después, en la revelación de Dios como Dios amor Trino está la condición de posibilidad de un Dios libre, gratuito y amoroso que entra en diálogo con el ser humano. Reconoce en Jesucristo, el Hijo de Dios, el Tú eterno del Padre. Y los hombres, mediante el Espíritu Santo somos acogidos en la comunión de amor del Padre y del Hijo. Esto es de vital importancia, pues si el ser humano fuera el tú de Dios, el mundo y sus criaturas serían una necesidad de alteridad de un Dios que es amor. Y así, al ser el hombre y el mundo el interlocutor de Dios, uniéndose en una relación necesaria, anularía la trascendencia de Dios y su libertad en el amor. Luego, la confesión trinitaria hace plausible para el pensamiento creyente la imagen de Dios como absoluto, libre y perfecto en el amor. Asimismo, la creación, cuyo origen se encuentra en Dios que es relación de amor misericordiosa aparece como realidad gratuita y no en función de Dios, pues Dios es Trino.

En palabras de San Ireneo, el Padre sostiene al mismo tiempo toda su creación y a su Verbo; y el Verbo que el Padre sostiene, concede a todos el Espíritu, según la voluntad del Padre: a unos en la creación misma les da el (espíritu) de la creación, que es creado; a otros el de adopción, esto es, el que proviene del Padre, que es obra de su generación. Así se revela como único el Dios y Padre, que está sobre todo, a través de todas y en todas las cosas. El Padre está sobre todos los seres, y es la cabeza de Cristo (1 Cor 11,3); por medio de todas las cosas obra el Verbo, que es Cabeza de la Iglesia; y en todas las cosas, porque el Espíritu está en nosotros, el cual es el agua viva (Jn 7,38-39) que Dios otorga a quienes creen rectamente en él y lo aman, y saben que «uno sólo es el Padre, que está sobre todas las osas, po todas e todas» Ef , [46]. Todas estas cosas ha recapitulado en sí, unificando al hombre y al espíritu, haciendo habitar al Espíritu en el hombre, haciéndose él mismo Cabeza del espíritu y dando su Espíritu al hombre como cabeza; po éste ve os, oí os ha la os [47]. El Espíritu se integra y articula con la carne en el alma y en el Espíritu ahora el hombre vive, ama, siente y actúa. Por consiguiente, la luz del Padre irrumpe en la carne de nuestro Señor,

[44] A.H. III, 18,7.
[45] A.H. V, 1,1a.
[46] A.H. V, 18,2.
[47] A.H. V, 20,2b.

y de esa carne sus rayos se reflejan en nosotros, para que el ser humano, rodeado por la luz del Padre, se haga incorruptible [48].

Po eso el Verbo fue hecho dispensador de la gracia del Padre para utilidad de los hombres, por los cuales ordenó toda esta Economía, para mostrar a Dios a los hombres y presentar el hombre a Dios. De esta manera custodió la invisibilidad del Padre, por una parte para que el hombre nunca despreciase a Dios y para que siempre tuviese en qué progresar; y por otra parte para revelar a Dios a los hombres mediante una rica Economía, a fin de que el hombre no cesase de existir faltándole Dios enteramente. Porque la gloria de Dios es el hombre viviente: y la vida del hombre es la visión de Dios. Si la manifestación de Dios por la creación da vida en la tierra a todos los vivientes, mucho más la manifestación por el Verbo del Padre da vida a aquellos que contemplan a Dios [57].

Concluyendo, el mismo Ireneo nos presenta un sumario: mediante este orden, con dicha conveniencia y con tal modo de proceder, el hombre hecho y plasmado se convierte en la imagen y semejanza del Dios increado: con el beneplácito y mandato del Padre, mediante el ministerio y la obra formadora del Hijo, siendo el Espíritu el que nutre y da el crecimiento. El hombre, a su vez, poco a poco se desarrolla y llega a la perfección, es decir, se hace más cercano al increado. Porque perfecto es lo increado, y éste es Dios. Pues convenía que primero el hombre fuese creado, que una vez creado creciera, una vez crecido llegara a la adultez, hecho adulto se multiplicase, multiplicado se consolidase, consolidado se elevase a la gloria, y en la gloria contemplase a su Señor. Pues es a Dios a quien ha de ver, y la visión de Dios produce la incorrupción; pero «la incorrupción nos acerca a Dios» (Sab 6,1920) [49].

b. El Espíritu cualifica la carne de tal modo que el estilo de vida del hombre viviente manifieste al Hijo Jesucristo Total.

De alguna manera se ha señalado que los hombres carnales, los que han desechado el don de la vida en el Espíritu, producen frutos de muerte. Así, la ca e si el Espí itu está ue ta […]. Por eso dice: «Como el Adán terreno, así son los terrenales» (1 Cor 15,48). Y donde está el Espíritu del Padre, ahí se encuentra el hombre viviente, [pues] la carne poseída por el Espíritu, olvidada de sí, asume la cualidad del Espíritu, haciéndose conforme al Verbo de Dios. Por eso dice: «Así como llevábamos la imagen del que es de la tierra, llevemos la imagen de aquel que es del cielo» (1 Cor 15,49). ¿Qué es lo terreno? La criatura. ¿Qué es lo celeste? El Espíritu. Por eso dice: una vez vivimos sin el Espíritu celestial en la vejez de la carne, no obedeciendo a Dios; así ahora, recibiendo al Espíritu, caminemos en la novedad de la vida, obedeciendo a Dios. Y porque sin el Espíritu de Dios no podemos ser salvos, el Apóstol nos exhorta a conservar el Espíritu de Dios edia te la fe la vida asta[59] que señala una vida entregada por amor gratuito, sin retener nada.

Po los p ofetas ha ía p o etido ue de a a á el Espí itu e los últi os tie pos so e sus siervos y siervas, para que profeticen (Jl 3,1-2). Por eso también descendió sobre el Hijo de Dios hecho Hijo del Hombre, para

[48] A.H. IV, 20,2b. [57]

A.H. IV, 20,7.

[49] A.H. IV, 38,3b. [59]

A.H. V, 9,3.

acostumbrarse a habitar con él en el género humano, a descansar en los hombres y a morar en la criatura de Dios, obrando en ellos la voluntad del Padre y renovándolos de hombre viejo a uevo e C isto [50]. Dios ha hecho al hombre a imagen y semejanza suya. Imagen, que es la del Hijo y que se plenifica en la vida divina recibida, en la semejanza a Dios que es el Espíritu. La vida del ser humano injertada en el Espíritu que hace clamar *Abbá* y realiza la hijitud del hombre en Cristo, prefigurada desde el principio.

Y para que nosotros, dando gusto a la carne, no vayamos a rechazar injertarnos en el Espíritu, esto escribe: «Tú, que eres un olivo silvestre, has sido injertado en un olivo fértil para hacerte participar de sus abundantes frutos» (Rom 11,17.24). Pero si un olivo agreste, después de ser injertado, siguiese siendo agreste, «será cortado y echado al fuego» (Mt 7,19); en cambio si continúa injertado y se convierte en un buen olivo, se transforma en un árbol lleno de frutos, como los plantados en el huerto de un rey. De modo semejante los hombres, si por la fe se vuelven mejores y acogen el Espíritu de Dios, germinan como espirituales, como si hubiesen sido plantados en el paraíso (Ez 31,8) [como nuevos Adanes]. En cambio, si rechazan al Espíritu y perseveran en lo que eran antes, buscando más la carne […], u a vez ue se tie e uidado de él se le i je ta e su atu aleza p i itiva, vuelve a da f uto. Así también los seres humanos que se han descuidado y han servido a las pasiones de la carne, dan frutos agrestes y por ello se les tiene por infructuosos, pues no producen frutos de justicia - porque, mientras los hombres duermen, el enemigo siembra cizaña (Mt 13,25), y por eso el Señor mandó a sus discípulos que vigilasen (Mt 24,42; 25,13) -. De igual modo, quienes no producen frutos de justicia, sino que viven prisioneros de sus sentidos, si despiertan y reciben al Verbo de Dios como un injerto, retornan a su naturaleza primera, como fueron hechos a imagen y semejanza de Dios (Gén 1,26) [51] para la vida de
Cristo.

Así como el olivo silvestre, cuando se le injerta, no pierde la substancia de su madera, sino que cambia la calidad de sus frutos y recibe otro nombre, pues ya no es olivo silvestre sino que se convierte y es olivo fértil; de modo semejante, el hombre que, injertado por la fe, recibe el Espíritu de Dios, no pierde la substancia de la carne; sin embargo, cambia la calidad del fruto de sus obras, y recibe otro nombre, para significar ese cambio en algo mejor: ya no es carne y sangre, sino que se le llama y es un hombre espiritual. […] No rechaza la naturaleza de la carne, sino que espera la infusión del Espíritu. […] Y añade: «Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si el Espíritu de Dios habita en vosotros»
(Rom 8,9). Y más claramente aún lo expresa: «El cuerpo ciertamente está muerto por el pecado, mas el Espíritu es vida por causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos dará vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros» (Rom 8,10-11). Y añade en la Carta a los Romanos: «Pero si vivís en la carne, de cierto moriréis» (Rom 8,13). No que debieran rechazar el permanecer en la carne, puesto que él mismo estaba en la carne cuando esto escribía; sino dejar de lado las pasiones de la carne que llevan al ser humano a la muerte. Por eso agrega: «Mas si mortificáis por el Espíritu las obras de la carne, tendréis vida; pues quienes son conducidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios» (Rom 8,1314) [52] a la manera del Hijo.

[50] A.H. III, 17,1b.
[51] A.H. V, 10,1.
[52] A.H. V, 10,2.

La manifestación del Hijo no sólo se entiende en términos individuales. Nuevamente, Ireneo entra en la dimensión comunitaria y eclesial del miste io de la 'evela ió de Dios. Pues Dios dispuso de antemano todas las cosas para el provecho del ser humano y para mostrar de modo eficaz su Economía, a fin de que se manifieste la bondad, se cumpla la justicia, la Iglesia «reproduzca la imagen de su Hijo» (Rom 8,29), y quizás algún día el ser humano madure a través de todas estas experiencias, para que madurando se haga capaz de ver y comprender a Dios [53]. Es decir, la maduración en el Espíritu para actualizar la vida del Hijo es una dinámica que moviliza tanto al sujeto como a la comunidad eclesial, el cuerpo de Cristo. Luego, el Espíritu que puede habitar la carne, prepara para la vida divina en Cristo tanto a su cuerpo eclesial como de cada persona en particular. De él is o di e Lu as He hos 2), que [el Espíritu] descendió en Pentecostés sobre los Apóstoles, con potestad sobre todas las naciones para conducirlas a la vida y hacerles comprender el Nuevo Testamento: por eso, provenientes de todas las lenguas alababan a Dios, pues el Espíritu reunía en una sola unidad las tribus distantes, y ofrecía al Padre las p i i ias de todas las a io es [64]. Por consiguiente, la relación del Espíritu de vida divina con la carne humana, coordina la vida del hombre viviente, la que también se traduce en la vida de la comunidad de los Hijos, la Iglesia, el cuerpo de Cristo vivificado por el Espíritu; comunidad que puesta al servicio de las naciones de modo que todos reciban el Espíritu hará del mundo un solo pueblo en comunión con el único Dios trino. Este será el Cristo total, cuando toda la creación recupere la hijitud perdida y viva en comunión amorosa con el Padre en el Espíritu.

Sorpresivamente, Ireneo reúne entonces, motivos que ayudan a articular la antropología con la cristología, con la pneumatología, la eclesiología y la escatología.

Algunas conclusiones...

Al trabajar la relación entre la carne – materialidad humana – y el Espíritu – vida divina – a través de la síntesis teológica de San Ireneo surge la esperanza cristiana: más allá de toda expectativa del hombre confiado en las propias posibilidades de su naturaleza, se puede esperar un cambio en la historia sometida al eterno retorno del mal, del sufrimiento y la injusticia. Dios ha creado al hombre como carne y alma, principio vital pero disminuido pues está sometido a la muerte. Pero respetuoso de su libertad y como un Padre trata con sus hijo, Dios ofrece el don de su Espíritu – vida verdadera – para entrar en comunión con él y hacerle hombre cabal, hombre viviente que reúne carne, alma y Espíritu. El hombre viviente, que vive en comunión y amistad filial con Dios, produce frutos de vida y de justicia en medio del mundo.

El ser humano viviente, que comparte la naturaleza divina por don gratuito de Dios, es glorificado poco a poco, por atracción lo que manifiesta la delicadeza y el respeto de Dios. En un proceso de crecimiento en el Espíritu, el ser humano va siendo plenificado hasta que el Espíritu vive connaturalmente en la criatura, cuya alma sigue el Espíritu e integra la carne. El Hijo, quien abre la posibilidad de la comunión de lo divino con lo humano y de lo humano con lo divino, es el mediador de este camino de cualificación en el Espíritu.

[53] A.H. IV, 37,7c. [64]
A.H. III, 17,2.

Finalmente, este proceso de integración de la carne y el Espíritu, integra a la Iglesia y a la comunidad humana, sin dejar ninguna creatura ajena al amor gratuito de Dios en el Espíritu. Todo a su debido tiempo como el Padre lo ha soñado para su creación, de modo que compartan la vida plena:

«Mas no aparece primero lo espiritual», dice el Apóstol (y lo afirma como refiriéndose a nosotros los hombres), «sino primero lo animal, luego lo espiritual» (1 Cor 15,46), como es razón. Pues era necesario que primero fuese plasmado el hombre, y una vez plasmado recibiese el alma; y luego recibiese la comunión del Espíritu. Por ello el Señor hizo «al primer Adán alma viviente, al segundo Espíritu vivificante» (1 Cor 15,45). Así, pues, como el que ha recibido la vida por el alma, al volverse hacia lo más bajo pierde la vida; así también el que se vuelve hacia lo más alto, al recibir al Espíritu vivificante encuentra la vida [54].

* * *

Índice.

Introducción..... 2

1. ¿Qué es el hombre? El hombre es cuerpo, alma y Espíritu 4

a. La vida del Espíritu se recibe como un don de Dios que fundamenta la libertad..... 8

b. Las obras del Espíritu dan vida. Las obras de la carne llevan a la destrucción y la muerte 9

2. El proceso de plenificación del hombre espiritual 11

a. La mediación del Hijo para que la carne reciba el Espíritu de Vida 15

b. El Espíritu cualifica la carne de tal modo que el estilo de vida del hombre viviente manifieste al Hijo Jesucristo Total 17

[54] A.H. V, 12,2b.

Algunas conclusiones 19